

De cómo se confeccionaron los uniformes que vistieron los participantes del 30 de noviembre¹

How uniforms were made by the participants of November 30

Tte. Coronel. Enrique Gil-de las Casas

lsierra@uo.edu.cu

Resumen

El presente testimonio constituye una narración del proceso para la confección de los uniformes que vistieron los participantes del levantamiento armado de Santiago de Cuba el 30 de noviembre de 1956, siguiendo las orientaciones de Frank País García. El nacimiento del uniforme verde olivo se produjo en la casa de Enrique Gil de las Casas, convertida en Puesto de Mando desde donde comenzaron a salir los paquetes de uniformes cortados para los distintos puntos, donde se coserían los mismos y donde tuvieron una importante participación varias compañeras.

Palabras clave: uniforme verde olivo, combatientes del 30 de noviembre, rollo de tela, confección.

Abstract

The present testimony is a narration of the process for the preparation of the uniforms worn by the participants of the armed uprising of Santiago de Cuba on November 30, 1956, following Frank País García guidelines. The birth of the olive green uniform took place in the house of Enrique Gil de las Casas, converted into the Post Office, where the uniforms packages cut for the different points began to come out, where they were sewn together and where they had a significant participation several female members.

Keywords: olive green uniform, November 30 fighters, fabric roll, garment.

En el segundo semestre de 1956, a principios del mes de septiembre, después que regresara de su primer viaje a México, Frank País impartió las orientaciones necesarias para confeccionar los uniformes que vestirían los futuros combatientes del 30 de noviembre. Impuesto de su misión, uno de los jefes de grupo del Movimiento 26 de julio (M-26-7) en Santiago, Jorge Sotús (posteriormente traicionó la Revolución) se dirigió hasta el centro comercial *La Casa Alea*, sita en la calle de José A. Saco (Enramadas) entre Calvario y Pío Rosado (Carnicería), establecimiento que

¹ Testimonio

se dedicaba a la venta de ropa de vestir masculina hecha a la medida, donde trabajaba el compañero Miguel Ángel Yero Gil, su amigo de confianza. Después de entrevistarse con este le trasladó la histórica misión de dirigir la confección de los uniformes verde olivo, la cual aceptó incondicionalmente.

Yero, quien conocía de las actividades revolucionarias que se desarrollaban en casa de mi madre y su tía política, Adolfinia Casas Olazábal (Tatica), sita en Prolongación de Calvario número 124, entre Prolongación de Santo Tomás y Corona, donde también vivían mis hermanos José y César, miembros del Movimiento y radicaba la sede de una célula del M-26-7 a mi cargo. En una pequeña reunión familiar explicó la misión asignada, y de acuerdo con las condiciones que tenía la casa necesitaba establecer allí un puesto de mando desde donde se dirigiera el trabajo, proposición que fue aceptada, a pesar del serio compromiso que entrañaba.

Unos días más tarde, Yero, volvió a la casa con un uniforme verde olivo, talla 28 de jovencito, su hechura era de una muda de ropa normal, los bolsillos del pantalón y la camisa eran igual que los de cualquier ropa de vestir. Como ahora, yo era delgado y usaba esa misma talla, por lo que sin pensarlo dos veces se lo probó, quedándole perfecto. Entonces, César buscó un poco de balas de fusil y de revólver, me las puse en los bolsillos del pantalón. Miguel Ángel Yero, le dijo que se acostara abajo en el piso de la casa y tratara de arrastrarse, todo lo cual me causó una gran molestia, por lo que sugerí la necesidad que había de hacer bolsas adicionales para llevar las balas, ya que no era práctico llevarlas en los bolsillos.

Por aquella época, mi hermano César, formaba parte de unos de los mejores equipos de pesca submarina, entre quienes estaba Ricardo Garay, propietario de una Sastrería en la calle Heredia, número 103, entre Estrada Palma y Miguel Corona. César tuvo la anuencia de Yero, para adquirir experiencia con Garay sobre la confección de uniformes de exploradores, de campaña, etc. Ambos nos encaminamos a la sastrería de Garay y después de una breve conversación, buscó en unos catálogos modelos de pantalones con bolsillos a ambos lados del pantalón, por fuera, con fuelle y tapa, explicándonos que ese era el mejor modelo, la camisa también mostraba sus bolsillos del mismo estilo.

Al mismo tiempo que nos explicaba, Garay iba preparando dos patrones de plantillas. Uno, para cortar los uniformes de la talla 28 a la 32, y otro, para las tallas 34 a la 38; a cada molde, primero marcaba la talla menor, y después, las dos que le seguían, cortándolo por la marca del modelo más ancho o grande, mediante unos cortesitos con la tijera sobre puntos determinados en las marcas de las dos tallas menores, quedando de ese modo un molde para tres tallas distintas. Terminada esta tarea, le pedimos nos prestara dos tizas de marcar y una tijera, después de dos horas y media de estar con Garay, ya con aquel tesoro en las manos nos despedimos de este muy contentos y agradecidos por su extraordinaria colaboración.

Esa misma tarde, Yero visitaba la casa y elogió el material conseguido, al mismo tiempo dijo, que me recogería al día siguiente para ir a buscar el primer rollo de tela. Temprano en la mañana, vino Carlos García a decirme que el auto tenía problemas y por lo tanto, no se podría utilizar en esa gestión. En eso llegó Yero, quien enterado del contratiempo, nos conminó a ir pie hasta la Sastrería “Arredondo”, sita en Heredia, entre San Félix y Carnicería, donde había contratado la compra del rollo de tela kaki verde olivo. Una vez que hizo la compra, Yero nos pidió que regresáramos a la casa con la valiosa carga a cuestas.

El rollo de tela era casi de mi tamaño y peso, estaba envuelto en papel celofán transparente; poco a poco, en un trayecto de unas 13 o 14 cuadras muy concurridas como San Félix, San Pedro, Santo Tomás (Estrada Palma), Trocha, etc., lo trasladamos Carlos y yo al hombro, un rato uno y un rato el otro. Finalmente, llegamos a la casa sin ningún contratiempo y empapados de sudor, no solo por la caminata y el peso de la carga, sino también por el temor a ser interceptados e interrogados por algún conocido o miembro de las fuerzas públicas que sintiera curiosidad por lo que transportábamos. Luego, hubo que dar varios viajes a otros establecimientos comerciales para comprar más tela, hilo, botones, etc.

Al filo del mediodía llegó Yero portando el primer listado de las tallas a cortar. Como era lógico, se había orientado a los jefes de grupo que en los listados no apareciera ningún nombre, solo la relación de tallas por cada combatiente: ¡camisas, tanto por tanto; pantalones, igual! Más tarde, nuevamente regresó Yero con otra tijera y más tizas; entonces le dio un mínimo técnico a mi madre, Tatita, y a mi hermano

César, de cómo se utilizaban los moldes, cómo se marcaba y cortaba cada pieza; iniciando él mismo el corte de los primeros dos uniformes.

A partir de aquél momento mi casa se convirtió en el Puesto de Mando de donde comenzaron a salir los paquetes de uniformes cortados para los distintos puntos (casas), donde se coserían los mismos y donde tuvieron una importante participación varias compañeras. Francisco Betancourt Serpa, “Paquín”, fue comisionado por Sotús para apoyar el trabajo de Yero en el traslado y en lo que este dispusiera. También participaron Martha Correa García y mi hermano José, cuando venía de la Nicaro donde trabajaba, así como Camilo Oliva Alonso. A los hombres de mi célula les tocó la vigilancia del Puesto de Mando, para evitar una desagradable sorpresa de parte del enemigo, pero también participaron en el traslado de los paquetes de uniformes cortados.

Para la tercera semana de octubre, después del segundo viaje de Frank a México y ante la demora que había en esta tarea, Yero tuvo que habilitar otro punto de corte en su casa, sita en Hermanos Marín, número 124 entre Santo Tomás y Miguel Corona, donde se estrenó en esta tarea su esposa, Isis L. Pérez Limonta.

En ocasiones, fueron los propios jefes de grupo -Pepito, Sotús- quienes recogieron sus paquetes. De esa forma nació el glorioso uniforme verde olivo, que vestirían tanto los participantes en las acciones armadas del 30 de noviembre en Santiago de Cuba, como los expedicionarios del “Granma”, todos movidos por los mismos ideales martianos de hacer libre y próspera a la Patria.